

“Relatos en sepia”



Por Sonia Guralnik.
Ediciones Ergo Sum.
Santiago, 1987. 134 páginas.

En una serie de estampas, Sonia Guralnik evita friccionar el lugar común y con paso tímido, primero, y ágil, después, va impidiendo que la infancia se vuelva receta o empalago. De un *sándwich* puede extraer el rito, la orientación espiritual, pero también el regudio de las imágenes y el detonante de la reminiscencia: “Cierra los ojos —escribe— y puedo oír aún el guiso de pescado relleno, la sopa con fideos, el pollo hervido y los huesitos de papas, la compra de chuselas y los panes trenzados de levadura recién hornados”.

Están presentes el pasado judío, en una Rusia que cabalga entre dos tiempos, el que va quedando atrás, con el zarismo como hito, y el amanecer de la revolución de octubre, en la cual se va a enclavar una experiencia o rito de pasaje que la antropología define cabalmente. ¿Es que el hombre no nace en medio de los dolores de la madre? Así, al parecer, la narradora se abstiene de equivocarse, prodigando una imagen feliz, ilimitada; ritual, pero viva; poética, aunque dura.

En cada historia, el pasado retorna no como un mero acto de consuelo, sino como envión de vida que se rehace en la prosa, atendiendo las solicitudes del tiempo que muda un recuerdo, dejándolo eternizado en una fotografía en sepia, la cual activa la memoria de los lectores. La re-

lación se ve desde la intimidad, y en la pintura que Sonia Guralnik hace de ella no hay ni una forma de denuncia ni un tanto épico, a la manera de los clásicos textos, como *Así se templó el acero* o *La joven guardia*.

Más bien, en medio de un fervor por la infancia, se atrase aquello que tiene que ver con las percepciones iniciales, esas que se adaptan a la forma de la vida: “Iniciamos el año escolar —apunta— sin saber si era bueno o malo, peligroso o apacible, para nuestra precaria vida de posguerra. En el colegio nos dieron un libro téseo que no se parecía al de tela, un cuaderno, y un pan negro, fresco, redondo, no las tajadas de la inmensa galleta común que ya no existía. Decidimos comerlos sólo la orilla, pero poco a poco y sin darnos cuenta habíamos terminado con el pan entero. Nos dijeron que al día siguiente habría otro, porque el soviét se preocupaba por la nueva generación”.

EL LUGAR DE LAS COSAS

Al construir la historia mediante ágiles y emotivas pinceladas, la carga de la historia se acrecienta sin que resulte necesaria la erudición, la referencia apegada a la historicidad. *Relatos en sepia* exhibe una gracia fundamental, la de contar sin apelar a las mitologías de consuelo. Ni hay paraíso perdido ni infierno por encontrar, en esa sociedad que comienza a *saber*, el judío, hecho a dolores a través de la historia, comienza a darse cuenta de que aún está vivo, de que se le llama a integrarse en medio de los dolores. Los niños van y vienen, en las historias, hasta que ocurre el trasplante, la migración.

Desde ese momento, la vuelta de timón lleva a ese proceso de readaptación que hace de esos niños unos solitarios en una supuesta tierra de promisión. Se les obsequia un mundo que carebin sin tomarlos muy en cuenta hasta que, un día, el milagro se produce. La nueva lengua no es ya frontera, sino línea del arraigo. A veces, circunstancialmente, se saben “extrños” o “extrangeros” y examinan curiosamente, se preguntan acerca del porqué. A veces, el dolor invade, percuta, detona, pero una alegría menor, una mano o una pregunta restablece la línea de fuego del crecimiento, del hallazgo de la madurez. Y la historia recomienza.

Cada cosa ocupa un lugar en el mundo. Una comida, una pequeña joya, un juguete, una rinda en alemán, en ruso, en hebreo, pueden tener el valor de reafirmar el tiempo, de permitir que se reconponga una historia que parece hecha con lo que Shakespeare vio como la tela con la cual se componen los sueños. La narradora de una historia dice que ha ido “aprendiendo poco a poco la actitud de menospreciar sin rencor”, y en ello pone quizás un orgullo tentativo, el de evitar los desmanes de toda pérdida.

El libro se va a asentar en el recuerdo, sin cálculo ni frialdad, dejando que se abra la llave y no se oscurezca vanamente el agua. Aún más, quiere explicarse para iluminar el mundo propio: “Pero los recuerdos me van haciendo bien, siento esa descarga al pesar lista a mis sueños. Sin saberlo, he ido preparando así mi vejez... Al abrir el armario, sonrío. Hay una nube de polillas muertas en el suelo. Ha terminado con el cuento que nunca escribí”.

Y no es así, porque todo recomienza. Cerrar las páginas es abrir los ojos, recuperar un mundo, componer la música adecuada y permitir al lector que, habiendo leído ya otro libro de Sonia Guralnik, *El samovar*, se las arregle para evitar un desamparo fortuito. Quiere seguir leyendo, así, en sordina y con felicidad. *

Alfonso Calderón

Napoleón. Una biografía íntima [artículo] Augusto Colarte.

Libros y documentos

AUTORÍA

Colarte, Augusto

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Napoleón. Una biografía íntima [artículo] Augusto Colarte. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile